

Lo esencial es invisible a los ojos (crónicas de un viaje a Marruecos)

FRANCISCO JAVIER MONTORO

Tan cercana, pero tan lejana. Con dos adjetivos solemos lavarnos las manos para justificar nuestra impresión acerca de la cultura marroquí, pero hoy -¿para qué esperar más?- ha llegado la hora de decir basta, de poner los puntos sobre las ث, las خ, las ض o las غ. Por mucho que los tópicos las adornen, las opiniones sobre el mundo árabe (que casi siempre identificamos con el Islam) no son del todo favorables; no hay más que ver el trato que reciben las personas de estas regiones al llegar a España. El pensamiento de nuestra sociedad se halla encadenado por los grilletes de los intereses políticos y el patriotismo desmesurado.

El viaje que hemos realizado en nuestro instituto ha quedado enmarcado en un proyecto de interculturalidad en el que la intención más clara ha sido conocer a fondo la cultura marroquí. Tras un período de trabajo y cursos formativos en el que profesores, madres y alumnos hemos contado con la colaboración de Mohamed (representante de la Asociación Pro Inmigrantes de Córdoba), hemos realizado este gratificante intercambio cultural. Muchos creíamos ir con los suficientes conocimientos para saber a qué atenernos, sin embargo, resulta inesperado lo que puede ocurrir tan sólo con pasar de la teoría a la práctica.

Todo comenzó un martes por la mañana, cuando algunos aún se quitaban las legañas de la cara. A las siete de la mañana, en un autobús de gasolina agridulce unos dormían, otros cantaban y otros ultimaban los detalles organizativos, pero todos ignoraban la experiencia que íbamos a vivir. Por fin llegamos al barco, donde además de confirmar la poca educación de algunos coreanos, descubrimos que sólo 35 minutos nos separan de Tánger (y yo que tardo 45 desde el instituto a casa...). Cuando estuvimos definitivamente en esta ciudad, pudimos alojarnos en el hotel y salir a visitar las dos caras de Tánger: la parte internacional colmada de banderas y fotos del rey, y también la parte invisible donde los vecinos comparten el pan y los niños piden en la calle.

Durante todo el primer día que estuvimos allí pudimos pecar de consumismo y sentirnos como turistas, pero las emociones y el sentido de nuestra expedición no quedaron al descubierto hasta el miércoles, cuando visitamos Assilah. Aquel día por la mañana, tras las típicas regañinas por la falta de puntualidad, todo quedó en una colectiva expresión de placer cuando sentimos la brisa de la costa de esta región. Sin más preámbulos nos dirigimos hacia nuestro destino más próximo: la escuela “Mohamed Al-Idrissi”.

Los pasos se sucedían y perdían el ánimo, cuando de repente, sin divisar aún el centro, pudimos escuchar el ruido de tambores y otros instrumentos, así como los cánticos de unos niños ilusionados (aunque nosotros lo estábamos más todavía). Aquel recibimiento es algo que creo que ninguno de nosotros podrá olvidar: avanzábamos a través de una pasarela de niños que aplaudían y nos decían tímidamente “hola”; poco a poco, la cosa se alentó y los actos oficiales tuvieron que esperar a que marroquíes y españoles de distintas edades nos fusionáramos en bailes y borráramos de nuestra mente algunos mitos absurdos. Niños y niñas posaban con nosotros en distintas fotografías y nos enseñaban las danzas y canciones que habían preparado para nosotros cariñosamente, mientras que algunos más atrevidos nos pedían nuestros correos y números de teléfono. También allí pudimos comer, prácticamente en familia, un sabroso cuscús que nos supo a gloria y hermandad.

Nadie, repito, nadie quería abandonar Assilah, y mucho menos a los niños que tan alegremente nos habían acogido y que nos habían impresionado. Nos acompañaron a visitar

algunos museos de la zona, pero inevitablemente el momento de la despedida llegó. Claro está que nos quedan algunas marcas: las de henna en la piel, que se borran en siete días aproximadamente, y las de la memoria, que no se borran nunca.

Al día siguiente conocimos a gente distinta, pero en otros ámbitos que nos hacen ver que no hay tanta diferencia entre la cultura española y la magrebí. Por la mañana visitamos el Instituto español Severo Ochoa de Tánger, un centro educativo cuyos profesores son españoles y sus alumnos marroquíes y españoles que conviven diariamente. No sólo nos quedamos impresionados con las instalaciones y elementos innovadores del centro, sino también con la amabilidad de sus alumnos, con los que podíamos entendernos en español a la perfección; conocían incluso nuestros términos más raros e incorrectos, hasta nuestros anglicismos. Lo sorprendente es que, aunque no lo pensemos, un instituto de Tánger puede asemejar a la perfección a uno español: hay líos amorosos, amistades, grupos, y los típicos estereotipos de alumnos que en nuestro país - la “pija”, el “friki”, la “hippie”, “el punky”, el “ligón”, etc...- pero todos igual de acogedores y hospitalarios.

Esa misma tarde nos pusimos en marcha hacia Larache, y allí visitamos el Instituto “Alí Ben Chakrun”, donde pudimos comprobar, entre otras cosas, que un velo no es un obstáculo para besar a una chica o para actuar con naturalidad. Los abrazos y los besos en este centro no entendían de miedos, vergüenzas u opiniones; las muestras de cariño no quedaban limitadas a lo oficial, sino también al afecto y las ganas de hacer nuevas amistades. Así fue cómo, en francés, la camaradería y el compañerismo comenzaron a surgir en un centro menos favorecido que el anterior, donde los mismos alumnos colaboraban para que todo fuese perfecto, pintando las paredes, sembrando sus propios jardines, haciendo todo unión y trabajo conjunto. Si aquellos con grandes responsabilidades actuaran así, las cosas serían más sencillas que pintar una pared.

Pero pronto esta aventura acabó. Viernes, último día y todos ya en el autobús miramos por las ventanillas con la miel en los labios y la tristeza en las caras. Por fin hemos descubierto que todo lo que vemos, que todo lo que nos hacen ver y pensar no son más que apariencias, la verdad, lo esencial no es lo que pensamos, es algo que tenemos que descubrir a través de estas experiencias.

Y ahora ya no estamos allí, hemos vuelto a la cruda realidad. Nos queda todo lo que hemos aprendido, y nos quedan los escombros de todas aquellas barreras sociales que hemos eliminado de nuestras vidas.